El Alcázar 28 feb. 1956

82

EN PRINCIPIO FUE EL LIBRO

A Sacha Guitry le legó Lucien Guitry una historia gloriosa en las tablas francesas y una casa. "Yo me encontré al nacer con un apellido: traté de hacerme un nombre"—dijo de sí mismo—. (Esa es la clave del esfuerzo de muchas vidas, pienso yo para mis adentros.) Sacha Guitry ha contado cómo Lucien, su padre, se hizo, a fuerza de tesón y de talento, ese apellido. En libro aparte ha contado también cómo se hizo esa casa, próxima al Bois, si mi memoria no me falla. Llamó al arquitecto y le instruyó así: "Lo que yo quiero, esencialmente, es una escalera. El resto, me importa menos."

NOS imaginamos, pues, que el arquitecto dibujaría la escalera y sólo una vez obtenida la conformidad de Guitry, lo que faltaba, que, naturalmente, no era poco. (Dicho sea de paso: ¡Qué de actor es esa devoción por la escalera! ¡Qué bien se compagina con su psicología de gran señor de la escena y cómo descendería sus peldaños Lucien Guitry la mano tendida al encuentro de sus visitantes, el gesto cortesano, con la prosopopeya del más altivo de sus personajes...!)

POR su parte, mi amigo Clemente del Camino tiene motivos para pensar que cada una de las casas que se construyen en el barrio de Salamanca nacen en torno de un retrato que lleva su firma. ¡No le faltará razón! Empieza ya a ser raro el que no admiremos, apenas traspasamos los umbrales de la puerta, la efigie de la dueña de la casa pintada por su mano, con frecuencia bella, indefectiblemente embellecida.

PERO Jenaro Palacios, este Jenaro Palacios de la galdosiana dinastía de los Palacios, cuya multiplicación por diez bastaría para acabar con las luchas sociales—tal es, de una parte, su equilibrio, de la otra su generosidad—, ha lanzado una idea a la que un folleto interesantísimo sirve de caja de resonancia y que consiste, esencialmente, en convertir, no la escalera de Lucien Guitry, ni el cuadro de Clemente del Camino, en germen o embrión de las casas madrileñas, sino la biblioteca, o, más precisamente todavía, el libro.

SEGUN Jenaro Palacios lo que hay que hacer es tomar, primero el libro y a continuación construir todo lo demás. La idea es tan simple y a la vez tan alegre y tan bella que con su sola exposición nos seduce.

"En principio fué el verso"—le oí decir en cierta ocasión a Eugenio Montes, jugando con el vocablo, dando a entender que en el origen de toda creación palpita una célula poética, que es la que anima y vivifica el organismo entero. Que en principio sea el libro, lo considero maravilloso. Y me gustaría que aquellos que están en condiciones de apadrinar, de una manera práctica, este proyecto de Jenaro Palacios, lo apadrinaran.

YO, la verdad sea dicha, creo que es bastante sencillo. Desde el punto de vista arquitectónico, la reserva de un pequeño hueco en la sala de estar, no ofrece problema alguno. Desde el punto de vista económico, la adquisición de unos cuantos volúmenes, tampoco es cosa grave. Pienso que en donde empezarán las dificultades, en donde surgirán, acaso, los motivos de discusión, será a la hora de elegir los diez volúmenes con que, según mis informes, se quiere dotar cada piso. Es posible que muchos crean que conviene aprovechar lo que hay

Por JOAQUIN CALVO SOTELO (De la Real Acader

Continuación

de caballo de Troya en esas bibliotecas para fines proselitistas o confesionales. Yo, con todos los respetos, discrepo de ese criterio.

LA finalidad esencial perseguida por Jenaro Palacios al propugnar su formación es hacer una política de la que todas las restantes son secuela: la política de amor al libro. Si este tema no estuviese cercado por el más fosco océano de tópicos conocido, valdría la pena de que intentáramos subrayar ese perenne, congénito y dramático desamor al libro que unifica, para nuestra desventura, las distintas regiones españolas. No se lee.

SI en las playas veraniegas veo a una bañista cara al sol y con un libro en las manos suelo pensar, por una deprimente asociación de ideas: "Es extranjera." El porcentaje de lectores de libros—no hablemos ya de revistas o periódicos—que lleva consigo un vagón cualquiera del Metro parisiense triplica o cuadruplica los de los nuestros... Saldríamos entristecidos de este paralelo si lo extremásemos transplantándolo a otros escenarios. Urge, claro está, luchar contra las causas que lo producen y de las cuales, valga la paradoja, la menos importante es, tal vez, la de que haya tantos o cuales españoles que no saben leer y la más grave la de que haya tantos españoles que sabiendo leer, no leen.

AHORA, por la mina secreta que nos descubre Palacios, podemos colarnos de rondón en el seno de unos centenares de miles de familias que van a estrenar viviendas limpias y cómodas, vamos a surgir en el centro de sus hogares, por la magia de un escotillón imprevisto, con un ramillete de libros en las manos y a invitarles al saboreo de un deleite, acaso para muchos prácticamente inédito. Pues bien: de lo que tenemos que cuidar, con exquisito tacto, es de no ofrecerles manjares empachosos. Se me ha de permitir la sinceridad de declarar lisa y llanamente que la lectura a ~~"fortiori"~~ de la "Jerusalén libertada", de Torcuato Tasso, o de "El Paraíso perdido", de Milton, en traducciones eruditas y desangeladas, ha hecho un daño atroz a la vocación lectora de los bachilleres de mi promoción. Si incurrimos en los mismos pecados, ahuyentaremos las nuevas clientelas en lugar de incrementarlas. Tengamos la valentía de decir que para despertar el amor al libro, que es lo que más que nada importa, los grandes libros carecen de valor afrodisíaco. Bien está que la doctrina y los clásicos cobren su porcentaje en la formación de esas minúsculas y homeopáticas bibliotecas. Pero que éste sea pequeño. La clave de su catálogo—hay que buscarla en libros que hablen a la imaginación y a la sensibilidad comunes, que se atreva a luchar con la seducción del cinematógrafo y de la radio y a vencerlos, con la seducción, también, del aire libre; que encadenen a quien los abra con desgana y les obligue a no dejarlos hasta su fin.

— obligatoria

CUANDO esto haya sucedido, ese lector virginal se sentirá transfigurado; habrá entrevisto un mundo milagroso cuya existencia desconocía y le gustará saberse inserto en él. Adivinará todo lo que hay en sus páginas de alado polen para fecundar las ideas o los sueños y buscará su encuentro sucesivamente. Es preciso partir de la base de que, si la iniciativa Palacios se pone en marcha, conseguiremos lo que hasta ahora no habíamos imaginado siquiera: que muchos compatriotas nuestros lean, prácticamente, los primeros libros de su vida, o, al menos, los primeros libros de que son dueños. ¿Nos damos cuenta de la importancia de este hecho? Pues bien: no les perdamos. Brindémosles libros suasorios, ágiles, claros como la luz, que les enamoren. Lo de menos será que para formar esas bibliotecas hayan de trabajar nuestras imprentas, mucho o poco, hoy. Lo de más será pensar en cómo deberán trabajar mañana, cuando la corriente de los lectores así ganados modifiquen los pobres perfiles de nuestras tiradas medias y las aumenten. Propongo a los interrogadores clásicos de nuestra Prensa que pregunten a sus entrevistados cuáles serían los diez o los quince libros que llevarían a esas bibliotecas, elegidos sin xenofobias y sin patrioterismos. He ahí un plebiscito atrayente. Doy por supuesto el comodín del "Quijote", conforme. Pero conste que yo entiendo que ese libro insondable y genial, el mejor libro que se ha escrito desde la aurora del hombre y que acaso se escriba nunca, no es el más adecuado para ser leído el primero.

EN todo caso, sean cuales sean los que designen, aciértese o no en su selección, tanto si la vicia la política o el mal gusto, como si la asfixia la pedantería o la vuelve estéril el aburrimiento, Jenaro Palacios puede considerarse orgulloso de haber asociado su nombre y su personalidad, tan justamente querida en las filas del comercio madrileño, a esa iniciativa cautivadora.